

# La fiesta de Míla

Era el día antes del cumpleaños de Míla. Se habían enviado todas las invitaciones para la fiesta y en la casa se hacían todos los preparativos. La madre había empezado a cortar manzanas para prepararlas en el horno, envueltas en masa. El padre arreglaba el comedor, de modo que hubiera suficiente espacio para poner todas las meriendas deliciosas y postres que la madre estaba horneando. Su hermano, Lucas, estaba afuera lavando y cepillando el pelo de Pegaso.

¡Míla estaba muy emocionada! Con dos canastas en la mano, se dirigió apresuradamente al frente de su casa, donde había una parcela con fresas que podía recoger.

Había empezado a soplar un viento helado, pero Míla, concentrada en recoger fresas, no puso atención. Mientras llenaba de fresas las canastas, sonreía al pensar en la fiesta del día siguiente. «Me pondré mi bonito vestido con lazos en las mangas, el que se ensancha cuando doy vueltas. Mi madre me ha prometido preparar manzanas al horno envueltas en masa, tarta de fresas y pastel de nueces; y tomaremos jugo de manzana. ¡Será estupendo!»

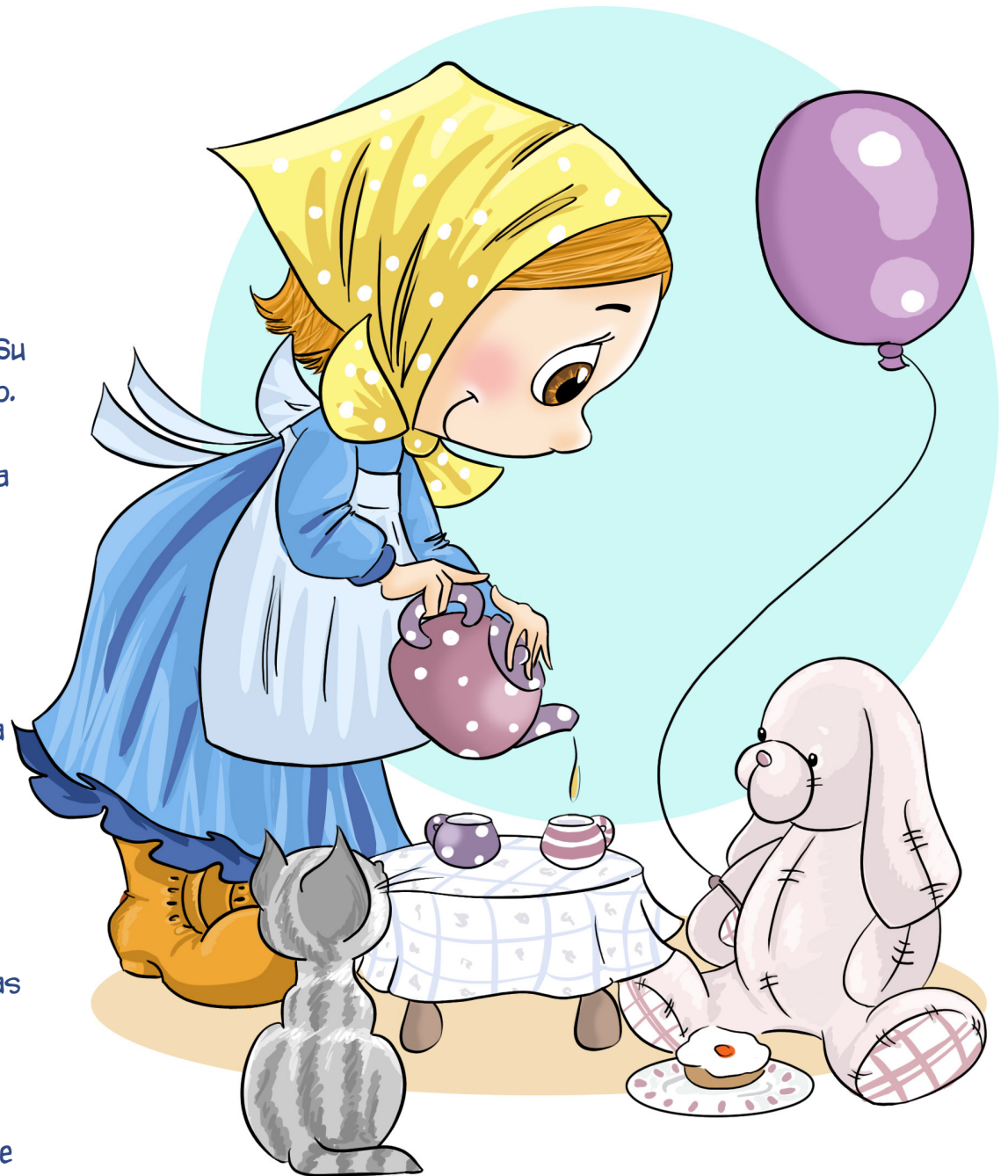
Todo parecía salir a la perfección. Ya con las canastas llenas, Míla volvió corriendo a la casa.

—¡Vaya! —exclamó la madre—. Has recogido suficientes fresas para alimentar a todo el pueblo.

Luego, la madre tocó las mejillas rosadas de Míla y le dijo:

—Hace frío afuera. ¿Por qué no te pusiste un abrigo?

—¡Ah! No estuve mucho tiempo afuera —dijo Míla, mientras se frotaba los brazos para entrar en calor.



Esa noche, en la cena...

—¡Achú! —Mila estornudó, los ojos se le pusieron vidriosos y la nariz roja.

Volvió a estornudar—: ¡Achú!

—¡Ay, hija! Creo que te has resfriado —le dijo la madre.

—¡No puedo resfriarme! ¡Mañana tengo que estar bien! —exclamó Mila mientras estornudaba de nuevo—. Estoy bien, de veras.

Sin embargo, los ojos se le cerraban y tenía las mejillas encendidas.

—Creo que necesitas irte a la cama —dijo el padre—. A ver cómo te sientes en la mañana.

Mila se sentía muy cansada y tan mal, que no contestó. El padre la tomó en brazos y la llevó a su cuarto. Cuando la metía en la cama, oró con ella. Los últimos pensamientos de Mila fueron de la fiesta y que debía estar mejor en la mañana.



Aunque Mila no se sentía tan mal a la mañana siguiente, tampoco se sentía del todo bien. Se decidió posponer la fiesta para cuando Mila estuviera recuperada.

Lucas entró al cuarto de ella para consolarla.

Mila se acurrucó más debajo de sus frazadas.

—Mamá dice que estoy resfriada y que necesito descansar para recuperarme. ¡Ya no vendrán mis amigos a la fiesta esta tarde!

—Lo lamento —dijo Lucas—. Tal vez podemos hacer algo, aunque la fiesta tenga que esperar. ¿Qué tal un relato? Te encantan... ¿quieres escuchar uno?

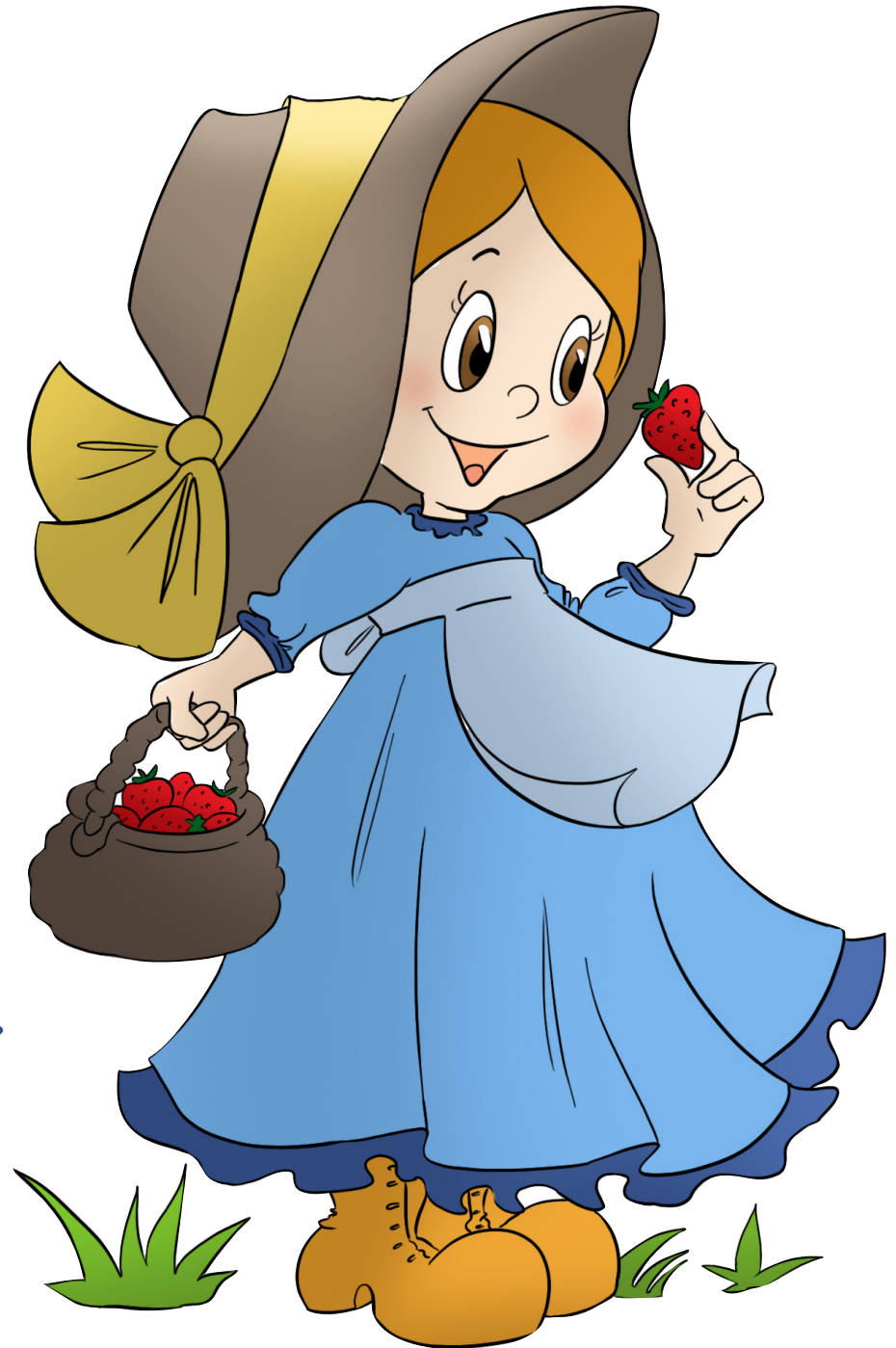
—¿Cuál sería? —preguntó Mila, olvidando por un momento su tristeza.

—Es sobre el trofeo brillante que está en una estantería en el piso de abajo.

—¿El que ganaste en la feria en una carrera con Pegaso?

Lucas asintió.

—Papá dijo que para ganar esa carrera montaste muy bien —dijo Mila con ilusión, siempre complacida de escuchar las hazañas de su hermano.



Lucas sonrió, antes de añadir:

—¿Sabías que no había planeado que corriera Pegaso?

—¡No lo sabía! —exclamó Mila.

—En mi huerto tenía una hermosa calabaza, muy grande y bonita. Y quería entrar en el concurso de calabazas. Una semana antes de la feria, nuestra cabra, Artemía, se había escapado de su corral y devoró la calabaza.

—¡Debes haber estado muy triste! —Mila entendía la desilusión que Lucas debió haber sentido.

Lucas continuó:

—Sí, estuve muy triste y desilusionado. Una gran parte de mi calabaza perfecta estaba en el estómago de Artemía. Y no tenía nada para la feria.

—¿Qué hiciste? —preguntó Mila.

—Me enojé. Estuve enfadado —explicó Lucas—. No quería entrar a la casa. Todo el día estuve compadeciéndome de mí mismo. Cuando por fin entré a la casa a cenar, papá vino y se sentó conmigo. Lamentaba que ya no tuviera la calabaza, y me preguntó por cuánto tiempo quería estar triste y sintiendo lástima de mí mismo. Oró conmigo y luego me sugirió que recordara todo lo bueno que esperaba que ocurriera en la feria. Cuando terminé de hacerlo, me sentí mucho mejor. Seguía un poco enojado por haber perdido mi calabaza, pero pensaba en otras cosas que me ayudaron a no estar tan triste. Luego, pensé en qué otra competencia podría participar en la feria. Y así llegué a la carrera con Pegaso.

—¡Y ganaste!

—Sí. Y ahora me alegro de que Artemía se comiera la calabaza. Si no hubiera sido así, nunca habría puesto a Pegaso en las carreras.

Desde entonces, Lucas y Pegaso han competido en pequeños eventos; y les ha ido muy bien en todos.

—Quisiera que no me importara tanto lo de mi fiesta. No es agradable enfermarse. Y no quiero quedarme en cama —dijo Mila, dándose cuenta de que el relato de Lucas tenía mucho que ver con lo que le había ocurrido a ella el día de su fiesta—. ¿Qué hago?

—Podemos orar. Eso hizo papá conmigo aquel día que me sentía triste. Me ayudó mucho.

Inclinaron la cabeza y Lucas oró:

—Jesús, gracias porque siempre haces que todo salga bien. Hasta cuando pasa algo que al principio sea desagradable, puedes hacer que al final todo sea mejor. Alegra a Mila, aunque esté enferma. Indícanos qué hacer hoy para que Mila se divierta en su cumpleaños.





—Y gracias porque todavía tendré una fiesta y me pondré mi vestido, aunque sea otro día. Amén —añadió Mila para terminar la oración.

Mila ya se sentía mucho más feliz. Hasta quedarse en cama fue agradable, sobre todo porque Lucas le hizo compañía.

El papá entró a la habitación. Llevaba bajo el brazo la caja del juego de damas. Al ver la sonrisa de Mila y a Lucas sentado en la silla junto a la cama de ella, supo que algo bueno había sucedido y se sintió orgulloso de los dos.

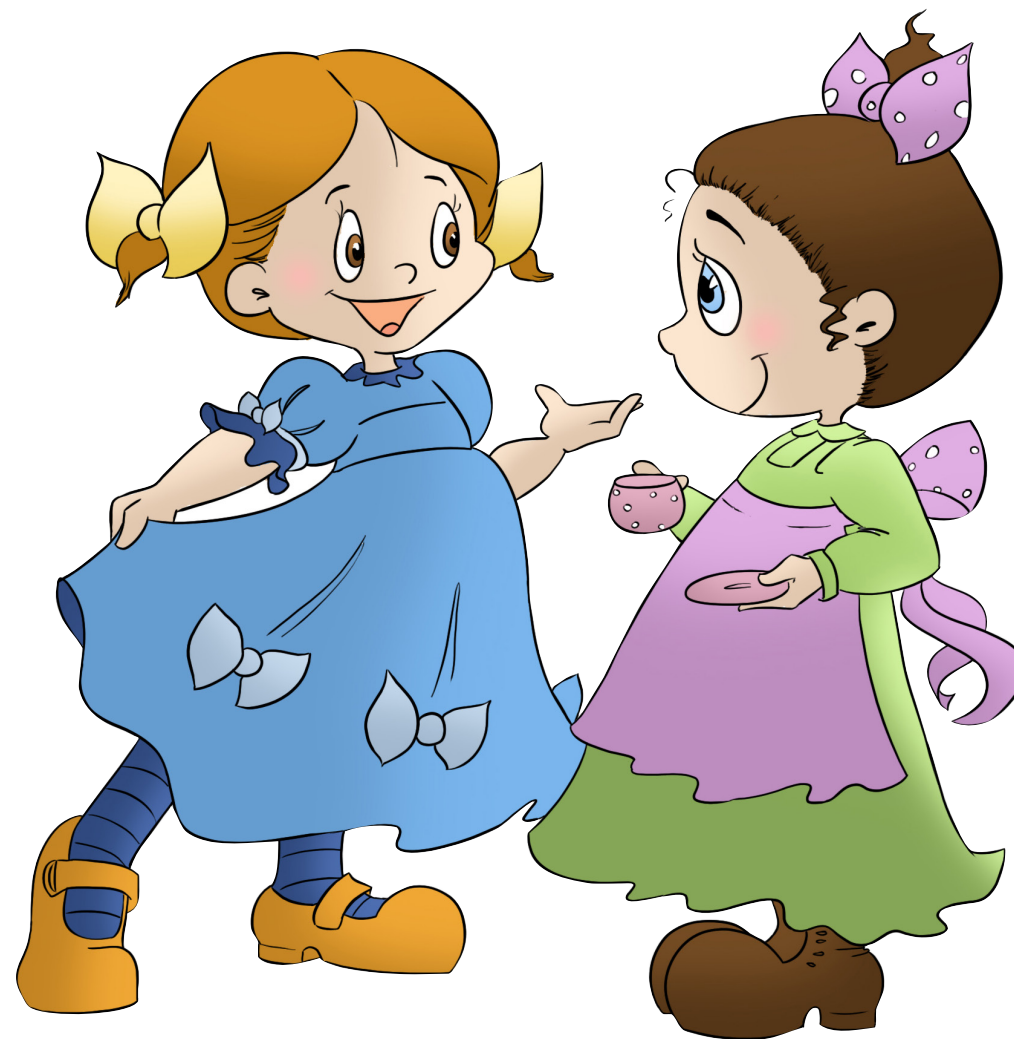
—Miren, aunque Mila tenga que quedarse en cama —dijo el padre—, ¡podemos celebrar su cumpleaños!

El resto del día se llenó de diversión y risas. El padre jugó a las damas con Mila; después Mila jugó a las damas con Lucas. La madre les llevó tazones con infusión de hierbas y platos con rodajas de fruta. Seguidamente, el padre les contó historias de su niñez y luego la madre se sentó en la cama con Mila y le cantó canciones.



Una semana después, una tarde soleada, se celebró la ansiada fiesta. Mila llevaba puesto su bonito vestido con lazos. La madre sirvió jugo de manzana a los invitados, mientras Lucas dejaba que Mila y sus amigos montaran a Pegaso.

—¿Estuviste muy triste cuando el día de tu cumpleaños estuviste enferma? —preguntó Sara, mientras esperaban que les sirvieran un trozo de pastel de nueces.



—Al principio estuve triste, pero luego me di cuenta de que no tenía que estarlo —dijo Mila, sintiéndose mayor—. Fue un día especial, aunque no hubo fiesta. ¡Y hoy podemos celebrar mi cumpleaños de nuevo con todos ustedes!

Fín